

“Yo estoy orgullosa de lo que he aprendido”

Trabajé de joven, desde que tenía uso de razón, en un matadero que se encontraba en Corteconcepción, un pueblo de la sierra de Huelva. Fui haciendo de todo un poco, lo más elemental mientras era más joven y luego me pusieron a preparar las cañas de lomo y a embutir los chorizos, lo que se llamaba “atar los chorizos”.

Fueron años muy felices, no teníamos en cuenta las horas que echábamos, o lo poco que nos pagaban. Con trabajar, nos conformábamos. Estuve allí hasta los veinticuatro años, cuando me casé y me vine a Camas.

Aquí me dedicaba a las tareas de la casa, hasta que mi marido se puso malo y yo, viendo la que se venía encima, decidí empezar a trabajar de costurera para una fábrica de ropa de niño; hasta la talla 30, creo recordar. Yo había aprendido con mi madre y, como vieron que cosía muy bien, me fueron haciendo más encargos, especialmente las cosas difíciles: los bordaditos, los cuellos, etc.

Cuando murió mi marido, decidí poner una tienda de ropa en la barriada de La Uva, donde estuve hasta que se casó mi hija Nati y terminó la carrera. Una vez que pasó esto, decidí cerrar la tienda y dedicarme a mis cosas, entre ellas a escribir, que me gustaba mucho.

Rafaela Arteaga

Saltando los bastidores
van intercambiando besos,
que parecen chiquillas
en su primer día de colegio.

Parece haberse acomodado
en el salón grande y viejo,
y van sacando mantones
y se van calmando los nervios.

Las manos de Isabelina
se deslizan por los pliegos
de los dibujos antiguos
y también de los modernos.

Que despierten las manos
y que corran como el viento,
y tengamos alegría
en el Ayuntamiento viejo.

Qué triste es el salón,
ya lo haremos contento
y no tardaremos mucho
en que sea un manifiesto.

Y sacamos los mantones
y los hilos de los restos.
Mantones que se empiezan
y algunos ya casi hechos.

Ya no está triste el salón
con las luces ya hubo arreglo,
y también lo más bonito
que ya vamos compartiendo.

Y lo más bonito de todo
que en la feria luzcan puestos:
el rosa, el blanco, el azul...
y que luzcan todos puestos.

Un mantón un día vi
pendiente de un balcón,
las lágrimas me cayeron
pensando en quien lo bordó.

RAFAELA ARTEAGA